

RACISMO DESATADO



Por María Emilia Tijoux*

En Estados Unidos, un negro, un mexicano, un inmigrante o quien se le parezca, debe educar su cuerpo con movimientos que le salven la vida: levantar las manos, dejarse trajar ante la suposición de porte de armas, de sustancias, de material “sospechoso”, y aprender las frases que eviten su muerte: “sí señor”-“no señor”-“bueno señor”... Una enseñanza dada por los padres a sus hijos para escapar a esa muerte que espera agazapada tras policías o civiles prestos a colaborar. En Ferguson, un policía blanco asesina un joven desarmado y es liberado. 170 ciudades norteamericanas se manifestarán exigiendo justicia. El racismo ha permanecido y el *apartheid* parece mostrar lo infinito de las guerras.

En Chile, un futbolista venezolano es insultado por su color de piel en un partido de fútbol. Nada se hace contra ese acto penado por la ley. Las disculpas del Estado son sólo ‘gestos’ de buena voluntad. Tampoco hay manifestaciones masivas y el acto racista queda impune. Días después, la agresión regresa en contra del mismo futbolista. En el norte, una inmigrante boliviana lleva su niño grave al hospital que cobra 30 mil pesos para atenderlo. No los tiene. El bebé tiene mucha fiebre. Los funcionarios niegan la atención mientras ella suplica. El niño fallece. Su pequeña vida no vale nada.

El racismo se ha desatado, mostrando la barbarie de una historia de lo que somos junto con los derechos que se desarmen en la ferocidad de la deshumanización liberal que selecciona a quienes ‘deben vivir o deben morir’. Este es el fatal lazo entre color, origen, clase, nación y género que funciona desde el imaginario armado en la Colonia y en el Estado-Nación que tanto buscó “limpiar y blanquear la raza” en pos de un desarrollo “blanco”.

El racismo chileno no es sutil. Es una construcción social que ha forjado una ideología violenta cuya fuerza cuesta resistir, debido al lugar que el nosotros tiene en dicho enfrentamiento.

El racismo chileno no es sutil. Es una construcción social que ha forjado una ideología violenta cuya fuerza cuesta resistir, debido al lugar que el nosotros tiene en dicho enfrentamiento. Un nosotros ‘nacional’ que busca preservarse del salvaje/enemigo al que insulta, humilla, explota, desprecia, asesina y condena, como de su “invasión” de este “otro/a” que considera “peligroso, sucio, bullicioso, provocador/a y ladrón (del trabajo, de maridos, de cultura)”. El nosotros ilusionado de homogeneidad chilena, devela su miseria y la diferencia inventada para ser

‘amo’ del esclavo que construye nuestras casas y limpia nuestras calles y que permanece en la oscuridad explotada y maltratada que permite la claridad de la existencia blanca y buena. ↑

*Profesora del Departamento de Sociología. Coordinadora del Doctorado en Ciencias sociales y del Núcleo de Sociología del cuerpo y las emociones.